

RESEÑA DE LIBROS  
I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

HÄGG, BO - UTAS, TOMAS, *The Virgin and her Lover*. Leiden-Boston, E. J. Brill, 2003. 278 pp.

Excelente edición comentada de los fragmentos y testimonios griegos de la novela *Metioco* y *Parténope* y sus derivados orientales, persas sobre todo: fundamentalmente, el poema épico de Unsuri *Vamiq u Adhra*, escrito hacia el año 1.000 d. C. y derivado de la novela griega.

Un primer capítulo presenta la historia del descubrimiento de los escasos fragmentos papiráceos conservados de la novela griega, de su atribución a esta, de los mosaicos igualmente pertinentes, de una serie relativamente amplia de Testimonios, etc. Es, realmente, casi milagroso este descubrimiento, logrado paso a paso por Krebs, Rohde, Schubart, Zimmermann, Mähler, etc. Notable también cómo Hägg, uno de los autores de este libro, encontró huellas del tema de la virgen que, separada de su enamorado, defiende su pudor, en un «martirio» de Santa Parténope.

Pero es sobre todo importante la identificación del tema como fuente del poema épico persa arriba referido, del cual encontró unas hojas el estudioso pakistaní Mohammad Shafi. La estudiosa georgiana Inga Kaladze precisó y difundió el conocimiento de todo esto. Y los autores de este libro, trabajando en Uppsala desde 1984, fueron más allá, reconstruyendo toda la transmisión, así como el detalle de la novela y la épica – en la medida en que ello es posible, dado el estado fragmentario de conservación de ambas.

¿Cómo llegó una novela griega de, quizá, el siglo I a. C, a la Persia del siglo XI? Hay varias propuestas: vía siriaca, pehlví, etc. A mí, la verdad, esta difusión de la literatura novelesca griega en el Oriente (Unsuri tuvo derivados varios) me extraña menos que a los autores de este libro. Prescindiendo de la Ciencia griega, traducida en Bagdad desde el siglo IX como se sabe y antes en Damasco, algo bien conocido, he presentado ejemplos de algo menos conocido: la difusión tardía y medieval de la Literatura sapiencial y novelesca griega. Así, el pseudo-Calístenes en múltiples versiones, infinitos gnomologios, *pseudoepigrapha* varia, novelas como la de la Donzella Teodor, Vidas, Fábulas, Espejos de Príncipes, literatura hermética, etc.

No puedo dar aquí bibliografía, pero, entre mis propias publicaciones, véanse mis *Modelos griegos de la literatura castellana y europea*, Madrid 2001, poco co-

nocidos, quizá lo sean más ahora que van a traducirse al inglés. Allí hablo de la transmisión de varias obras griegas en diversas direcciones: al siríaco, al árabe de las *Mil y Una Noches* y a varias obras persas. La vía, en todo caos, es desde el siglo VII y a partir de Damasco y Alejandría, con intermedios a veces siríacos, a veces pehlví, a veces árabes.

Pero dejo esto. Volviendo al libro que aquí comento, es muy interesante el estudio de los fragmentos griegos de la novela y de sus fuentes, que remontan a Heródoto y otros autores, puesto que se trata de una novela histórica (pseudo-histórica más bien), como otras varias. Y el de los Testimonios igualmente griegos. Evidentemente, *Metíoco y Parténope* era una novela muy difundida. También se estudia en este capítulo el «martirio» mencionado. Y se intenta una reconstrucción, solo parcial, sobre todo de la primera parte de la novela.

La completa el capítulo tercero sobre las fuentes persas, que no son solo la épica citada, también otros escritos y testimonios: la difusión, ya se ve, fue grande. Hay un estudio filológico muy detallado de cómo puede reconstruirse el argumento de la novela, complementando los datos griegos con los persas. ¡Curiosamente, hasta Anaxímenes e Ibico intervenían en la historia! Pero no todo puede reconstruirse, es oscuro el final sobre todo - cuando Parténope que, separada de Metíoco, había errado entre peligros por Persia y Occidente, regresa a Samos. Y parece que recobra al final, en cruda batalla, el antiguo reino de Polícrates, su padre. A esto se referiría un mosaico sirio en que Metíoco y ella misma aparecen en figura, parece, de triunfadores.

Sigue un capítulo sobre el texto griego en la Antigüedad, así como sobre las «rutas alternativas» al Irán del siglo XI y las ramificaciones posteriores de la historia. Y otro sobre que intenta la reconstrucción del argumento: sobre la separación de los amantes, las peregrinaciones de ambos y, quizá, su posible reunión al final.

Siguen una bibliografía y dos índices que hacen ver los ecos de la novela a través de las literaturas antiguas. Y un índice general.

Se trata de un magistral estudio filológico que hace ver hasta qué punto la filología clásica, combinada con otros saberes, puede llegar a conclusiones insospechadas. Haciendo ver, por ejemplo, los orígenes pseudohistóricos de una novela, su amplia difusión en época helenística y romana, su paso a Oriente. El influjo de la literatura popular griega, no ya la culta, en el Oriente que va de los sasánidas a los persas y los musulmanes, es mucho mayor de lo que se piensa. Aquí tenemos un excelente ejemplo, aunque tengamos que contentarnos con datos parciales e incompletos.

Yo añadiría, a los datos antes mencionados, otros todavía: influencia griega (cínica y epicúrea) en Omar Khayyam y la tradición gnomológica; en la erótica musulmana, en cierta medida creo que derivada de la helenística; etc. No solo Platón fue influyente (pero lo fue, es notable en nuestra novela el pasaje en que se debate la esencia del amor).

No puedo entrar en más detalles. El libro merece ser estudiado, es un modelo de trabajo filológico en un terreno difícil por nuestro conocimiento fragmentario del mismo y por la necesidad de echar mano de varias filologías. En nuestro caso, la

griega y la persa, representadas por dos estudiosos insignes.

Demasiadas veces no se ha llegado a conclusiones exactas sobre la transmisión de la antigua literatura griega en Oriente y Occidente: la falta de dominio, por eminentes filólogos, de ambos territorios literarios, es sin duda la causa. Por una vez, en nuestro libro se ha llegado, por parte de sus dos autores, a resultados más que satisfactorios, dando un paso adelante sobre predecesores ciertamente beneméritos.

FRANCISCO R. ADRADOS

*Poetae Epici Graeci. Testimonia et Fragmenta, Pars II. Orphicorum et Orphicis similium testimonia et fragmenta Fasciculus. 1.* Edidit ALBERTVS BERNABÉ. Munich-Leipzig, K. G. Saur, 2004.

La publicación de este primer volumen de los testimonios y fragmentos órficos a cargo de Alberto Bernabé viene a culminar la vitalidad con que se han abordado los estudios sobre el orfismo en los últimos años. Superados, afortunadamente, los juicios hipercríticos del *princeps philologorum*, U. von Wilamowitz, que determinaron la opinión de muchos prestigiosos estudiosos que dominaron la filología europea durante las décadas de los años cincuenta y sesenta, el orfismo es estudiado hoy en día por numerosos especialistas desde una óptica mucho más desapasionada y científica. Han contribuido decisivamente a este cambio los nuevos y, en algún caso, espectaculares descubrimientos arqueológicos que han puesto de manifiesto, contra la radical opinión expresada por Wilamowitz y sus seguidores, que el orfismo tuvo una presencia significativa en la religión, filosofía y literatura helenas.

El descubrimiento, entre otros, del papiro de Derveni, de las laminillas de oro de Hiponio, Feras, Pelina, Entella, Farsalo o, las de hueso, de Olbia, han obligado a la comunidad científica a analizar con gran atención estos nuevos documentos lo que ha generado un renovado interés por revisar en su conjunto las fuentes órficas ya conocidas. Y es en este proceso de revisión que se ha hecho evidente que el estudio del orfismo ha carecido hasta los años setenta, con algunas notables excepciones, del exigible rigor filológico a la hora de adentrarse en la investigación de un corpus de fragmentos enmarañado cuyo estudio exige una fuerte dosis de objetividad metodológica. Dicho de otro modo: durante muchos años el estudio del orfismo se ha visto sometido a los prejuicios de los investigadores, lo que ha condicionado la calidad y orientación de sus investigaciones.

Esta situación explica la imperiosa necesidad de realizar una nueva edición de los fragmentos órficos acorde con los nuevos tiempos, que, de un lado, mediante el uso de modernas técnicas filológicas recoja los nuevos testimonios y, de otro, simplifique los ya conocidos, contextualizándolos y relacionándolos con la voluntad de darles una mayor coherencia y significado. Esto es lo que se ha propuesto, y conseguido con creces, Alberto Bernabé con su edición de este primer volumen de los testimonios y fragmentos órficos. Con una más que probada solvencia en la edición

crítica de textos, conocedor como pocos de los textos literarios, religiosos y filosóficos y, muy especialmente, de los entresijos y vericuetos que se entrecruzan en la nebulosa que rodea la doctrina órfica, ha acometido la *opera magna* de sistematizar, actualizándolos, los fragmentos y testimonios órficos.

Ciertamente el antecedente más próximo de esta obra son los *Orphicorum Fragmenta* de O. Kern, editada en 1922 y que, en su momento, superó en mucho las decimonónicas ediciones de Hermann, 1805, y Abel, 1885. Los *Orphicorum fragmenta* de O. Kern contienen, en efecto, el corpus de los testimonios y fragmentos órficos que han condicionado los estudios sobre el orfismo durante más de ochenta años. Sin embargo, quienes lo han tenido que consultar saben bien que su principal virtud, ofrecer de modo exhaustivo el material transmitido por las fuentes antiguas, se transforma en un complejo entramado de textos presentados en bruto que dificulta enormemente su lectura. O. Kern volcó en su edición los textos sin discriminar qué pertenecía en ellos al orfismo y qué a la fuente trasmisora lo que hace que su consulta sea muy farragosa. Indefinición que, por ejemplo, en el extenso apartado de las *Rapsodias* órficas, impide su lectura y comprensión fluida, puesto que, en los fragmentos seleccionados, aparecen los largos comentarios de los autores neoplatónicos, la principal fuente trasmisora, sin depurar de los versos transmitidos como órficos por esas mismas fuentes. Además, y como ya se ha mencionado, la obra de O. Kern ha quedado desfasada pues no recoge los nuevos documentos descubiertos tras su publicación.

La obra de Alberto Bernabé ha mejorado notablemente las cosas. Así, ha distribuido en cuatro bloques los poemas teogónicos y los relatos sagrados, los poemas sobre Deméter y Perséfone, los poemas sobre las imágenes del mundo atribuidos a Orfeo y los fragmentos que tratan sobre el origen, naturaleza y destino del alma. Como era de esperar el más extenso es el primero, el dedicado a los poemas teogónicos y los relatos sagrados, entre los que se incluye los versos de la teogonía incluida en el papiro de Derveni. Y es en este extenso primer apartado en el que el estudioso puede percibir con claridad el buen hacer filológico del autor de esta edición y la nueva orientación que ha imprimido en su presentación de los textos y testimonios. En efecto, frente a la maraña de textos de la edición de O. Kern, Bernabé ha optado por resaltar en los fragmentos y testimonios lo que se adjudica a Orfeo y al orfismo. Para ello, en los fragmentos de las teogonías, distingue y delimita los versos, destacándolos claramente del contorno de los comentarios que los acompañan, eliminando de éstos la información superflua que entorpece la comprensión del fragmento. Se simplifica así el fragmento, destacando el verso órfico. El autor ha intentado, además, ordenar los fragmentos siguiendo el desarrollo argumental característico de una teogonía. Aunque siempre se podrá discutir el lugar que le podría corresponder a alguno de los versos conservados, máxime en un poema tan extenso como las *Rapsodias*, hay que aplaudir la acertada decisión del autor de ofrecer una coherente reconstrucción de los testimonios y fragmentos que, vista en su conjunto, resulta muy verosímil.

Cabe resaltar, además, que la información que se aporta en cada fragmento y testimonio convierte esta edición en la obra de referencia de los futuros estudios órficos. A. Bernabé ha reunido de modo exhaustivo, y distribuido perfectamente, toda la

información complementaria, facilitando con ello la contextualización de cada uno de los fragmentos, tan necesaria para su correcta ubicación en el corpus órfico. En este aspecto, la obra se erige en un modelo a seguir pues, lejos de limitarse a ofrecer un convencional aparato crítico, se convierte en un manantial inagotable información complementaria. Así, de cada fragmento y testimonio se ofrecen todos otros aquellos pasajes afines transmitidos por diversas fuentes y se incluyen todos los testimonios en los que se ofrecen expresiones semejantes o variantes significativas. Además, resulta particularmente loable, y muy útil para los investigadores, que el autor haya incluido una extensa selección de los comentarios más significativos de otros estudiosos sobre el fragmento o testimonio en cuestión. A. Bernabé no ha ahorrado ningún esfuerzo al actualizar la información con el aporte de las opiniones de los estudiosos en su objetivo de aclarar al máximo el significado de los fragmentos. En el caso de los fragmentos de la teogonía del papiro de Derveni, este método resulta de especial utilidad, dadas las particulares dificultades y discusiones que este documento excepcional ha generado entre los especialistas. Consciente de ello, Bernabé ha recogido las lecturas alternativas y las opiniones más relevantes de otros estudiosos, incluidas aquellas que puedan ir en contra de sus propias interpretaciones, ofreciendo así una panorámica actualizada de lo mucho que se ha escrito sobre la teogonía del papiro de Derveni en los últimos treinta años.

Hay que señalar, asimismo, que, dada la importancia de la noción del alma en la doctrina órfica, el autor ha tenido el acierto de agrupar los fragmentos y testimonios sobre esta cuestión en el último apartado del volumen. Encontramos así agrupados los fragmentos más conocidos y discutidos de la doctrina órfica, entre ellos los de Platón, *Menón* 81a (424 F), *Crátilo* 400c (430 F), *República* 363c (431 F), *República* 363d (434 F), Píndaro, Empédocles o Heráclito junto con las laminillas óseas descubiertas en Olbia. De este modo, se consigue ofrecer una visión panorámica, muy completa y aproximada, de la concepción que en ambientes órficos se tuvo del alma. Como en los otros apartados, el aparato crítico y la exhaustiva revisión de las opiniones de los estudiosos en cada fragmento convierte este apartado, como toda la obra, en una completa fuente de información de obligada consulta para los estudiosos.

Por último, la completísima bibliografía que se aporta, agrupada por temas, ofrece una visión panorámica de las líneas de investigación que han predominado en el estudio del orfismo, por lo que resulta un instrumento de consulta de gran valor para los estudiosos interesados.

De todo el conjunto de la obra se extrae, pues, la conclusión de que Bernabé, tiene una enriquecedora concepción del orfismo en la que caben, en los testimonios antiguos, todos aquellos que tienen una relación con los movimientos doctrinales afines como el pitagorismo, el dionisismo o los ritos de Eleusis o los determinantes testimonios de Platón. Actitud abierta que se hace extensible a las diversas, y a veces opuestas, opiniones de los estudiosos modernos en claro contraste con la más rígida que imperó en otras épocas. Actitud que, sin duda, los investigadores agradecerán pues esta obra contribuirá a mejorar la calidad de sus propios estudios.

En definitiva, con este primer volumen Alberto Bernabé ofrece la primera entre-

ga, de un *opus magnum* que corona todos sus esfuerzos, estudios e investigaciones sobre el orfismo durante estos últimos quince años al tiempo que se erige en la obra de referencia, de valor impagable para el estudioso, que costará muchos años superar y que está llamada a constituirse en el centro alrededor del que girarán los estudios órficos en el siglo XXI.

FRANCESC CASADESÚS BORDOY

BERNABÉ, ALBERTO, *Hieros logos. Poesía órfica sobre los dioses, el alma y el más allá*. Madrid, Akal, 2003. 316 pp.

Dentro de la abundante bibliografía del profesor Bernabé sobre el Orfismo (que culmina, sin duda, en sus *Poetae Epici Graeci* II 1, 2004, y II 2, pendiente aún, de la Colección Teubneriana), la obra que aquí comento tiene un significado especial. Porque no contiene tan solo, como anuncia el título, una traducción española de los fragmentos órficos o cuasi-órficos, sino también un amplio comentario de los mismos, en realidad un estudio sobre toda la tradición órfica, incluida la tardía.

Los estudios sobre el Orfismo en nuestros días han significado un enorme avance, no solo por la edición de nuevas laminillas y textos en general, sino por el intento de sistematización de una tradición un tanto anómala y marginal dentro del pensamiento cosmogónico y religioso griego, pero importante sin duda. El ligarla a sus antecedentes orientales y organizar sus fases y variantes, es todo un desafío, dado el carácter disperso y problemático de la tradición órfica.

El libro está organizado en una amplia Introducción sobre el Orfismo y su tradición, más nada menos que trece capítulos sobre las diversas tradiciones órficas que podemos postular: cada uno con una Introducción propia, más una edición comentada de los propios fragmentos, con discusión de todas las interpretaciones propuestas hasta el momento. En conjunto, resulta una visión general, muy al día, de todo el tema.

El capítulo I se ocupa de los «Versos introductorios» que coinciden en poemas de diferentes épocas. El II está dedicado al conocido «papiro de Derveni», aún mal editado y sujeto a dudas e interpretaciones: tanto de los versos que conserva de un poema órfico como de los comentarios del mismo (que ahora Casadesús considera de origen estoico, más tardío de lo propuesto anteriormente, hipótesis sugestiva). Importante la reconstrucción de Bernabé sobre el pene de Cielo que devora Crono; de Cielo que es hijo de Noche, divinidad primordial. Importantes las variantes de la versión hesiódica y la comparación con los mitos hurritas.

Es impresionante el número de variantes de los temas cosmológicos entre los órficos. Muchas se ven en el capítulo III, sobre la *Teogonía de Eudemo* (comentada por Eudemo, más bien). Es importante el estudio comparativo de la Teogonía centrada en la Noche y de los datos de Platón sobre la Teogonía platónica (derivada de Homero) sobre Océano y Tetis y su progenie. Difícil llegar a conclusiones definitivas. Pero es importante el capítulo IV, que recoge fragmentos diversos emparenta-

dos con la Teogonía de Derveni y la eudémica. También se editan y comentan (capítulo V) diversos fragmentos antiguos emparentados.

Las Teogonías de Jerónimos y Helánico (capítulo VI) suministran muchos datos más sobre las diversas variantes del Orfismo, en que aparecen ya el Agua primordial, ya el Tiempo y la Necesidad. Es interesante el estudio de los precedentes orientales, así el Zurvan iranio: siempre hay variantes y adaptaciones en Grecia. Se trata de datos poco conocidos, importantes para la Historia de las Religiones. Aquí enlaza ya lo relativo a Fanes y al Huevo Cósmico, el de la recreación del mundo por Zeus (unido a su madre Rea y a su hija Perséfone), etc.

Quizá más importante aún es el estudio de las *Rapsodias* órficas, citadas por los neoplatónicos y fechadas en los siglos I-II d. C. (capítulo VII). Interesante el estudio sobre el Tiempo, factor en la creación del mundo y elemento posterior a un «mundo antes del Tiempo», y de su continuación con el Huevo, el nacimiento de Fanes, etc. Importante el estudio de este y de Noche, del destronamiento de Crono, del nacimiento de una segunda Afrodita, la progenie de Eros, etc. Evidentemente, es imposible reducir a la unidad y trazar una genealogía de las Teogonías, como intentó West. Pero agradecemos la presentación ordenada y comentada de los materiales.

Siguen luego «Otros fragmentos teogónicos de origen incierto» (VIII), el llamado «Testamento de Orfeo» (IX) con el *hieros logos* judaizante, fragmentos diversos sobre el alma (X), «Textos sobre el alma que pueden tener un influjo órfico» (XI). Se me hace más problemático este capítulo, por ejemplo, en lo relativo a Heráclito (si el comentario es estoico, el que lo cite quita valor a la interpretación).

Importante, aunque menos novedoso, es el capítulo sobre las laminillas de oro (XII) y el que refiere a fragmentos de varios descensos a los infiernos en un papiro de Bolonia (XIII).

Cómo se organizaba todo esto en las varias líneas de la tradición órfica sigue siendo el gran problema. En todo caso, Bernabé lo trata con rigor filológico y con un profundo conocimiento de la bibliografía. El libro debe considerarse como una ayuda al comentario e interpretación de los fragmentos en la edición griega del propio Bernabé en los *Poetae Epici Graeci* de Teubner, arriba citados.

FRANCISCO R. ADRADOS

LUCIO ANNEO SÉNECA, *Lettere a Lucilio. Libro terzo (epp. XXII-XXIX)* a cura di GIOVANNI LAUDIZI. Napoli, Loffredo Editore, 2003. 255 pp.

Se trata de una edición completa, que abarca “texto, introduzione, traduzione e commento”, del tercer libro de las *Epístolas a Lucilio*, el cual cierra el primer bloque de cartas, caracterizadas por la inclusión regular de una cita de Epicuro en la parte final, con el correspondiente comentario, como destaca el propio Laudizi con apoyo en diversos precedentes. En el año 2000 el autor publicó las dos primeras cartas de este libro siguiendo los mismos criterios. Como ya tuve ocasión de reseñarlas,

en esta revista (LXIX 2, 2001, pp. 352-354), y no se han modificado ciertos puntos que comentaba entonces, habré de repetir aquí, aunque sea de forma resumida, observaciones que hice en su momento.

El autor informa (p. 26) de que para el texto ha seguido la edición de Reynolds (Oxford 1965). Lo hace con algunas modificaciones en la puntuación (muy escasas, salvo el no siempre coherente uso de mayúscula tras interrogativa donde en el original había minúscula) y unas cuantas variaciones textuales, “teniendo constantemente presentes también” las de Haase (1853), Hense (1914<sup>2</sup>), Beltrami (1931<sup>2</sup>) y Préchac (1985). Las diferencias respecto a la edición oxoniense son: en 22,13, donde Reynolds escribe *†sarcinas adoro†*, Laudizi, después de discutir un buen número de conjeturas, opta por *sarcinas adfero*, con apoyo en la lectura de la segunda mano del Parisinus lat. 8540, el aval de Préchac y el hecho de que en un pasaje de las *Epistulae* (16,7), “donde la situación es prácticamente análoga”, se combina también *munusculum*, que aparece más arriba, con este verbo, del cual es aquí referente “lógico”. En 22,17 no se acepta ninguna conjetura, dando por buena, a mi modo de ver con razón, la lectura de los códices *uitae laboramus*, para lo cual el autor se basa en el uso, documentado por el propio Séneca, entre otros autores, de *laborare* con dativo. También se da por buena la lectura de los códices en 24,26 *expergiscar dormiam esuriam algebo aestuabo*, discutiendo igualmente las diversas conjeturas que pretenden completarlo y justificando suficientemente la pertinencia de no añadir nada, con base en la propia distribución y significado de los términos transmitidos. Por otra parte, el autor acepta con acierto la puntuación de Lipsius y Gronovius, retomada por Ricottilli, *Quid tu?* en 24,15. Además, podemos encontrar diversas observaciones, en general atinadas, justificativas de la lectura que sigue su texto base. No falta algún pequeño despiste, como el editar, con Reynolds, *delicis* por *deliciis* de los códices, y utilizar esta última forma en el comentario (24,11), e incluso alguna errata (27,6 *habebabt*).

La introducción general y las que abren cada una de las cartas son suficientemente amplias y documentadas para entender, de forma sucinta pero con claridad, los puntos principales del contenido. Por lo que atañe a la traducción, un terreno siempre resbaladizo, es en general bastante ajustada, aunque con cierta frecuencia el autor no refleja en ella los artificios estilísticos que él mismo comenta y destaca con profusión. Bastarán un par de ejemplos simples, que podríamos multiplicar: así, en el comentario a 24,9 se lee que *efflare animam* “contribuisce alla solennità e all’enfasi del passo”, pero en la versión italiana leemos simplemente “la morte”. Y si se hace hincapié en el recurso estilístico de la repetición, vgr. de *euenire* en 24,2, ¿por qué no reproducirlo en la traducción repitiendo el verbo, lo cual daría más intensidad a la frase? En otro orden de cosas, vgr., dudo que *sermo* (26,6: s. *eruditus*) en una obra de Séneca se deba traducir como “discorsi” y no simplemente como “conversación, charla”.

Pero, sin duda, lo más interesante de este trabajo son las amplísimas y muy documentadas notas, que abarcan aspectos formales y de contenido. Su propia exhaustividad, con inclusión de textos no pocas veces considerablemente extensos, en latín y en griego, junto con numerosas referencias bibliográficas, puede provocar cierta dificultad para seguir el hilo del comentario. En éste destaca especialmente la parte doctrinal, con minuciosas



observaciones basadas en la interpretación del texto y sus estructuras, teniendo regularmente presentes las aportaciones de otros muchos autores, muy en especial italianos, como no podía ser menos tratándose de un editor italiano y de una obra sobre Séneca. También es fácilmente explicable que se repitan a lo largo del libro casi al pie de la letra comentarios de diverso tipo.

Ante tal despliegue, no tiene nada de sorprendente que se escapen algunos fallos. Vayan, pues, unas cuantas observaciones que quizá puedan mejorar en algo un trabajo ya de por sí sumamente interesante. No me detengo en las que ya anoté en su día a propósito de las epístolas 22 y 23 y siguen siendo válidas (otras se han omitido al resumir el comentario para esta edición), por ejemplo con relación al *illud alterum* de 22,2; a la supuesta sinonimia entre *occupationes* y *negotia* de 22,1; a esa más que discutible “cuasi sinonimia” entre *sordidus* y *contumeliosus* de 22,8; o aún a la difícilmente aceptable “sustancial equivalencia semántica” entre los adjetivos en *ex honestis consiliis, ex rectis actionibus* de 23,7. Se sigue interpretando mal, en mi opinión, el *luctare* de 22,7 como infinitivo activo de un deponente, cuando se trata de un imperativo, o el uso “singolare e in certo senso anomalo” de *liberare epistulam* en 23,9, con el significado de “concluir” cuando parece claro su valor propio de “liberar, exonerar” de una deuda.

Y es posible añadir bastantes más. Me limitaré a algunos ejemplos de diversa consideración: en el comentario a 22,6 se cita *dormitare* como verbo frecuentativo, incurriendo en un error que, dicho sea de paso, ya en la antigüedad tardía corregía Consencio (*gramm.* V 376); hoy basta consultar el término en el *ThlL* para percatarse de tal error: de hecho, el autor lo traduce simplemente por “dormire”. A propósito de 26,3 leemos: “l’anafora dell’indefinito *quid* seguida da quella dal relativo *quae* con l’aggiunta della *variatio*...” y en la traducción: “quanto ... debba, ... che cosa non possa”; no veo que *quae* sea aquí un relativo, sino el plural del *i n t e r r o g a t i v o* *quid*, construido igualmente con subjuntivo tras un verbo transitivo; existe, en efecto, *uariatio*, pero en el uso del número, que aquí indicaría, ciertamente, “cose concrete e reali”. Hay detalles más nimios (y que responden sólo al deseo de ser lo más exhaustivo posible, evidente en las notas): por ejemplo, hoy no basta la autoridad de Bourgery (cuyo estudio sobre la prosa de Séneca fue publicado en 1922) para afirmar categóricamente que *praesumo* “ricorre in prosa solo dopo Seneca”, a no ser que se refiera al padre, que lo usa una vez... y aún está en medio la obra de Valerio Máximo, que lo usa tres.

En todo caso, como se ve, pormenores muy difíciles de evitar en un trabajo tan cargado de erudición y tan lleno de aportaciones interesantes en todos los aspectos del comentario filológico. Un trabajo que resulta muy recomendable para profundizar en el análisis y comprensión del pensamiento de Séneca.

MIGUEL RODRÍGUEZ-PANTOJA

SOSOWER, MARK L., *Signa officinarum chartariorum in codicibus Graecis saeculo sexto decimo fabricatis in bibliothecis Hispaniae*, Amsterdam, Adolf M. Hakkert, 2004, XIII + 564 pp.

Mark L. Sosower dedica a la memoria de Robert W. Linehan este novedoso repertorio de marcas de agua presentes en manuscritos griegos del siglo XVI conservados en bibliotecas españolas. Es, sin duda, un instrumento de gran valor para quienes trabajan en codicología y paleografía griegas en general, muy especialmente si se ocupan de manuscritos españoles de la época mencionada. Esta elección tan específica carece de paralelos en el ámbito de la filigranología (si pensamos en los grandes repertorios – como los de Briquet o Piccard, por ejemplo –, siempre de carácter general), pero muestra cierta similitud de criterio con el aplicado para el *Repertorium der griechischen Kopisten* por Gamillscheg-Harlfinger-Hunger – como observa el propio autor en p. 40 –, y no deja de guardar también cierta afinidad con el seguido en algunos estudios dedicados a la actividad de copistas concretos, como el pionero ensayo de Canart a propósito de Provatares (1964). En su conjunto, el trabajo de Sosower es una contribución de gran originalidad e interés, fruto del enorme tesón propio de este investigador norteamericano, tan entusiásticamente aficionado desde hace muchos años a nuestro fondo griego antiguo, al que ya había dedicado con anterioridad un buen número de contribuciones parciales, siempre relacionadas con los grandes coleccionistas de manuscritos de nuestro siglo XVI y con algunos de sus copistas griegos más activos.

Tras un índice de ilustraciones y una lista sumaria de especímenes, la obra comienza con una breve pero muy informativa introducción (pp. 1-51), en la que se da cuenta de las principales cuestiones referentes al estudio de marcas de agua: técnicas de elaboración del papel filigranado en el siglo XVI, empleo de las formas, criterios de clasificación, las contramarcas – p. 23: «usually monograms of the name of the paper maker or paper mill», sin que sea posible a menudo concretar más, dadas nuestras lagunas en materia de prosopografía – y, finalmente, método y finalidad de la obra. Se informa con detalle sobre todos los aspectos fundamentales (por ejemplo sobre la relevante distinción entre “identical” y “similar variety” de la filigrana, en p. 5; o en p. 20, donde se asume el periodo de cinco o seis años como límite de uso para el papel de “identical variety”) y se proporciona un gran número de apuntes útiles de carácter tipológico en general.

En la introducción se ha dispensado asimismo una atención detallada a la descripción del método seguido para la reproducción de las filigranas (pp. 40-41), realizada mediante el sistema tradicional de trazado (luego digitalizado mediante escáner), pero con el auxilio de un “watermark reader” – descrito en pp. 42-43 – de gran comodidad para el usuario y cuyas características técnicas ofrecen cierta seguridad durante la manipulación del manuscrito (si bien su empleo tampoco puede considerarse completamente exento de la posibilidad de accidentes, en nuestra opinión, en el caso de papeles de muy escaso grosor). Hay que felicitar del empleo de este instrumento, que contrasta positivamente con procedimientos mucho más rudimentarios y que todavía deben utilizarse con regularidad en las bibliotecas mal provistas. A pesar de su decidida defensa por parte de Sosower, desde un punto de vista pragmático y bien comprensible (pp. 41-50), el sistema parece carecer, en cualquier caso, de las ventajas que aportan los procedimientos fotográficos (como el recientemente diseñado por Fotoscientifica de Parma, o como otros sistemas hoy en uso, a menudo menos sofisticados que la betarradiografía y similares). La obra también propone algunas correcciones de detalle —observadas gracias al uso del lector

de filigranas, o a una superior pericia— en repertorios ya publicados (como por ejemplo en nuestro caso, según se destaca muy señaladamente en p. 45).

Tras la introducción mencionada, el núcleo de la publicación está constituido por el “álbum” contenido en pp. 53-444. Los lemas de los motivos reproducidos – hasta un total de 43 – se expresan en francés (término por el que se ordenan alfabéticamente) y en inglés. Es sin duda acertada la decisión de reproducir sistemáticamente las filigranas gemelas (cf. pp. 6-7) – con las escasas excepciones forzosas (Ancre 22, 69, 80, etc.) – tras el pionero camino abierto por Harlfinger en su excelente y práctico repertorio de 1974-1980 (*Wasserzeichen aus griechischen Handschriften*, colab. J. Harlfinger, I-II, Berlín). El rico material reunido será de gran utilidad para los catalogadores (sobre todo, como es habitual, en materia de datación de códices no suscritos), codicólogos – incluidos los estudiosos de la historia del papel, papel procedente sobre todo del norte de Italia en nuestro caso – y paleógrafos en general. Una segunda aportación metodológica muy destacable es el hecho de que el autor haya vinculado sistemáticamente el material analizado con la actividad de copistas concretos (con frecuencia pertenecientes al taller darmariano), lugares de copia, etc., con lo que ello representa para el mejor conocimiento de la producción de estos escribas, tan sumamente prolíficos por lo demás.

Sigue al álbum, núcleo de la publicación, una serie de útiles apéndices: lista detallada de especímenes y lista de los manuscritos en papel analizados, conservados en la Real Biblioteca de El Escorial, en la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca Universitaria de Salamanca. El volumen se concluye con la bibliografía, los agradecimientos y un par de índices más (de manuscritos griegos y de nombres propios).

El laboriosísimo repertorio de Sosower (baste constatar el arduo método seguido por el autor, según se relata en p. 41) constituye, en suma, una especie de lujo para los manuscritos griegos españoles del siglo XVI. Su iniciativa, pionera y susceptible de continuidad en otros países (cf. pp. 39-40), aún es más de agradecer por tratarse de un corpus muy extenso, de unos 75.000 folios en unos 700 códices (p. 40), y ya que el repertorio incluye además algunos especímenes procedentes de manuscritos que, pese a haber estado en bibliotecas españolas en algún momento de su historia, se encuentran hoy, excepcionalmente, fuera de ellas (como, por ejemplo, en la Yale University de New Haven). No se incluyen los escasos materiales de algunas colecciones menores, como la de Toledo, todavía pendiente de catalogación moderna, o como, por ejemplo, la conservada en el Archivo de Torre do Tombo en Lisboa, íntimamente ligada por su origen al fondo español y sobre la cual ya llamó la atención Dieter Harlfinger en su día.

La impresión del volumen es de una gran austeridad, habitual en las publicaciones de Hakkert. Es muy de lamentar el elevado número de errores ortográficos, en todas las lenguas citadas (quizá particularmente en español), así como el de erratas, que por su extensión nos abstenemos de señalar aquí y que con frecuencia parecen fruto del simple apresuramiento, al igual que ciertas omisiones de información de interés, deficiencias de detalle que podrían hacer dudar infundadamente, a quien no conozca la dedicación del Profesor Sosower, del rigor anhelado, en términos aristotélicos, al frente de la obra (p. 1: τὸ γὰρ ἀκριβὲς οὐχ ὁμοίως ἐν ἅπασιν τοῖς λόγοις ἐπιζητητέον: *Eth. Nicom.*, 1094b12-13 más concretamente).

ÁNGEL ESCOBAR CHICO  
Universidad de Zaragoza

CAVALLO, GUGLIELMO, *Dalla parte del libro. Storie di trasmissione dei classici* [= *Ludus philologiae*, 10], Urbino, QuattroVenti, 2002. 328 pp.

Esta recopilación de trabajos, publicados por el autor entre 1975 y 1999, recoge información muy abundante y rica sobre el mundo librario antiguo, tardoantiguo y medieval, en toda su complejidad, así como sobre la transmisión de los textos clásicos – griegos sobre todo, pero ocasionalmente también latinos – en sus aspectos más importantes. Publicados tal y como aparecieron en su día («solo con qualche necessario intervento o ritocco correttivo», según p. 8), sólo uno de ellos presenta una configuración distinta de la original («La storia dei testi greci antichi. Qualche riflessione»). La obra tiene para su prestigioso autor – que se declara deudor de grandes maestros (muy especialmente de Alessandro Pratesi) y también del contacto con sus muchos estudiantes y discípulos (pp. 7-8) – un valor de conjunto claramente expresado en la brevísima presentación que la inicia: viene determinada por su larga experiencia con el manuscrito “como libro”, de tal modo que, ante el trance – difícil e indeseable, añadiríamos – de tener que elegir entre “texto” y “libro”, Cavallo reconoce poder estar tan sólo “de la parte del libro” (p. 8). Esta opción – basada en una serie de convicciones científicas y metodológicas notablemente opuestas a las que el autor considera más tradicionales (p. 13) – se convierte en hilo conductor de la recopilación, y no en vano da título a la primera contribución recogida, publicada originalmente en 1995 («Dalla parte del libro. Considerazioni minime»), donde se comienza por sostener que los momentos decisivos («forti») en la historia de la tradición textual son aquellos en que unas formas de transmisión – con sus correspondientes factores codicológicos, paleográficos y textuales – entran en crisis y se sustituyen por otras (p. 9), tendentes asimismo – a través de la correspondiente *renouatio librorum* (cf. pp. 10, 252, 270) – a la preservación de un patrimonio cultural determinado, siempre a pesar de los obstáculos diversos que interpone el devenir histórico.

Los trabajos recogidos no se han ordenado cronológicamente, sino según la ordenación lógica que subyace en ellos a juicio del autor (p. 8) y que no se desvela en la presentación. En cualquier caso, la ordenación parece ofrecer una gran coherencia, si se considera que se recogen aspectos generales y ampliamente emparentados entre sí en las seis primeras contribuciones reunidas y aspectos más abiertamente localizados desde el punto de vista geográfico-cultural en el caso de las dos siguientes y últimas: Bizancio, desde sus albores al siglo XIV (en el ensayo «I fondamenti culturali della trasmissione dei testi a Bisanzio», pp. 195-233), con repaso sumario de sus grandes figuras intelectuales, desde los eruditos más vinculados al poder de las primeras épocas hasta los últimos «copisti per passione», y la zona beneventano-casinense del alto medievo, respectivamente («La trasmissione dei testi nell'area beneventano-cassinense», pp. 235-283, con estudio sistemático de las importantes tradiciones griegas y latinas de este origen, área «conservatrice e separata», p. 283, frente a la tradición insular-carolina).

La recopilación comprende, por lo demás, algunos de los trabajos más importantes y significativos de Guglielmo Cavallo, como por ejemplo la célebre “aggiunta” al “decálogo” de Pasquali, en pp. 25-29, esp. 28: «i caratteri materiali connotanti i vettori del testo possono in determinati casi indicare fatti, modi, fasi della sua storia (e talora della sua stessa “scrittura”)». A los tres artículos antes mencionados cabría añadir desde luego, por su gran importancia, el titulado «Conservazione e perdita dei testi greci: fattori materiali, sociali, culturali», en pp. 49-175, una auténtica monografía – evocadora de un famoso título de Canfora – en sí mismo. Presta en él atención a cuatro «aree testuali» (p. 50), sin duda capitales: dramaturgos, oradores, historiadores y autores “modernos” (es decir, tardoantiguos). Con el propósito de rebatir una tesis muy asentada hasta entonces en la tradición erudita (pp. 49, 102, etc.), Cavallo defiende que no existió un proceso deliberado de selección en el s. II d. C., una época de incremento de la producción literaria y de la población lectora (pp. 52, 55), frontera en cualquier caso de supervivencia libraria (p. 54) y caracterizada en parte por la profusión de epítomes y todo tipo de síntesis (pp. 55-56), elementos difíciles de valorar y que exigen sin duda gran cautela por parte del estudioso. El desarrollo de Cavallo es muy informativo y a veces muy convincente, a pesar de los problemas de método existentes, como el que representa por ejemplo el peligro del origen de las fuentes – a menudo papiráceas – y su «realità locale» (honestamente advertida por el autor: p. 51). No cabe duda de que las tesis expuestas son siempre sólidas, a pesar de las pequeñas revisiones que hoy puedan imponerse, como para el caso del comediógrafo Menandro, que sí estuvo quizá, de forma esporádica, en disposición de alcanzar el primer medioevo bizantino – cf. pp. 80, 99-102 –, según ha mostrado D’Aiuto recientemente, desde una nueva evidencia material de extraordinario interés – «*Graeca in codici orientali della Biblioteca Vaticana (con i resti di un manoscritto tardoantico delle commedie di Menandro)*», en: L. Perria (ed.), *Tra Oriente e Occidente. Scritture e libri greci fra le regioni orientali di Bisanzio e l’Italia*, Roma, 2003, pp. 227-296. La concentración en la tradición directa por parte de Cavallo, bien coherente con su perspectiva metodológica, pero reprochada por Jocelyn en su día (cf. *CR* n. s. 38, 1988, pp. 365-368), tampoco puede considerarse probablemente, de por sí, garantía inequívoca de rigor metodológico o de salvaguarda ante la especulación que una mayor atención a las fuentes indirectas puede propiciar (una especulación difícil de fundar, sin duda, pero que también es legítimo ensayar). Cabe destacar – desde otra perspectiva – cómo el autor incluye en este trabajo una valoración sintética y nítida del papel desempeñado por el cristianismo en la conservación de los textos paganos, caracterizado (pp. 82-84) por la ausencia de censura y por una apertura sin especiales reluctancias, saldándose con gran pragmatismo aun sin haberse seguido por parte de sus artífices un programa explícito para ello. Cavallo matiza, sin duda, lo que Canfora había planteado en su precursor trabajo de manera insuficiente, en muy pocas líneas y quizá incluso con cierta displicencia (*Conservazione e perdita dei classici*, Padua, 1974, p. 35). Puede discutirse si la emergente cultura cristiana sólo tuvo interés por la continuidad de una cultura clásica “fossilizada”, pero ya no parece tan serio cuestionar esta función preservadora del cristianismo, todavía negada hoy desde determinadas escuelas ahistóricas o, más bien, antihistóricas (partidarias aún, por ejemplo, como se hizo en ámbitos académicos felizmente superados, de escribir a. E. y p. E. en lugar de a. C. y p. C.).

La “opción por el libro” que hilvana toda la recopilación de Cavallo justifica la frecuente determinación de aspectos textuales que se derivan del estudio puramente codicológico-paleográfico, como la identificación del *Laur.* 69, 2 (Tucídides) como copia del siglo X de un modelo del siglo VI «direttamente traslitterato» (p. 180), como la observación en el famoso *Marc.* 454 (*Iliada*), del siglo X, de residuos del formato volumen de sus modelos más o menos lejanos (pp. 183-184), o como la interesante y original hipótesis según la cual los códices casinenses del siglo XI son casi siempre derivados de modelos deteriorados o *mutili* (p. 268). Esa misma perspectiva de principio también parece haber determinado el prefacio, en el que se cuestiona, por ejemplo, el valor de la representación estemática de Lachmann (p. 11), a la que se atribuye el «vizio di nascita» de ignorar el libro y de recoger sólo relaciones genealógicas entre los manuscritos (con un «soltanto» más bien desconcertante, dada la dificultad objetiva que suele entrañar tal tarea). Dentro de la misma línea, las referencias a la estemática como tal son a menudo negativas o de tinte algo peyorativo: «rapporti genealogici [...] talora forzosamente ricostruiti» (p. 11), «un intreccio astratto (e qualche volta impreciso o fuorviante) di errori, varianti, contaminazioni...» (p. 12), «complicate costruzioni stemmatiche» (p. 177), etc. Así se concluye, p. 13, que el modelo teórico hoy válido sólo puede ser, en suma, el de la física: relatividad e indeterminación. Es una propuesta metodológica que, naturalmente, no todo lector compartirá.

No cabe señalar defectos en la obra de un excepcional conocedor del mundo librario – de la Antigüedad hasta el Medioevo – como el profesor Guglielmo Cavallo. Se puede estar en acuerdo o en desacuerdo con las tesis del autor, siempre meditadas y fundadas – desde su enorme experiencia – en la evidencia material más adecuada para sustentarlas. Que un gran especialista como Cavallo se ponga “de la parte del libro” no debería ser óbice para quienes – ante una aporía similar – crean estar más bien “de la parte del texto”. Como cuerpo y alma, ambas partes, caras de una misma moneda, se presuponen y necesitan mutuamente, son en la práctica indisolubles, de modo que quizá sea insostenible – y banal en términos científicos, de realidad histórica – tanto abogar por un materialismo metodológico puro como por lo estrictamente contrario.

La presencia de seis índices finales (de nombres de la Antigüedad, lugares, manuscritos, *Codices Latini Antiquiores*, papiros y de las cuarenta láminas en blanco y negro que ilustran la obra) es buena muestra de la amplia información suministrada y del extraordinario cuidado puesto en la edición, una joya sobre el tema de la transmisión textual grecolatina al módico precio (según contraportada) de treinta euros.

ÁNGEL ESCOBAR CHICO  
Universidad de Zaragoza